

COSTA GAVRAS

EN LAS TUBERÍAS DEL SISTEMA

ZAZPIKA GARAren aldizkaria **722ZK.** 2012ko azaroak 25

7K





ENTREVISTA

Texto: **Iratxe Fresneda**
Fotografía: **Conny Beyreuther**

“El capital” es la última película del veterano realizador griego Costa Gavras. Presentada en la sección oficial de la 60 edición del Festival de Cine de Donostia, es una interesante adaptación cinematográfica de la novela homónima de Stéphane Osmont.

COSTA GAVRAS | **EL CINE ES POLÍTICO**

Con medio siglo de cine a sus espaldas, el autor de "Zeta", "Desaparecido", "Estado de sitio" o "Amén", entre otras, es una de las voces más críticas de la cinematografía europea actual. Constantinos Gavras nació el 13 de febrero de 1933 en Loutra Iraiias, Grecia. Su padre luchó en la Segunda Guerra Mundial junto a los comunistas, en la Resistencia griega. La derrota republicana marcó su infancia y su juventud. Por ser hijo de un prorepublicano, no le estaba permitido ir a la universidad, sacarse el carné de conducir... Ya en el Estado francés, estudió cine en la Sorbona y la vida, o el azar, le llevó a encontrarse con profesionales del oficio como René Clément, con quien se iniciaría en el cine a través de cintas como "Le jour et l'heure", donde también conocería a Yves Montand y con quien realizaría, años más tarde, "Z", "La confesión" o "Estado de sitio". Con "Z", un thriller político basado en la muerte del diputado de izquierdas griego Grigoris Lambrakis a manos de un grupo ultraderechista, ganó su primer Oscar. Como decían los autores del guión de "Z" (Jorge Semprún y el propio Gavras), «cualquier parecido con acontecimientos reales, personas vivas o muertas, no es fruto del azar. Es voluntario». Como voluntario es en el realizador griego denunciar aquello con lo que no comulga. El segundo premio Oscar llegó con "Desaparecido", una película polémica en Estados Unidos debido a las conexiones que se establecían entre la CIA y los golpistas chilenos. Presidente de la FilMOTECA Francesa, sus relatos denuncian los totalitarismos religiosos, políticos, sociales y, en el caso de su última película, el salvaje capitalismo en el que nos movemos. Irregular en su trayectoria, se le ha acusado de maniqueísmo, nihilismo y de todos aquellos «ismos» imaginables. "El capital" es una película en la que sobrevuela la idea del poder como elemento fáustico. El personaje principal y centro neurálgico de la historia, Marc Tournéuil, un prescindible sicario del capital, nos adentra en la narración de su imparable ascenso hasta convertirse en el indiscutible amo y señor del capital. A través de un cómodo y relativamente convencional estilo visual, el realizador griego hace un sagaz y sarcástico viaje por las tuberías del sistema financiero para crear un relato oscuro de aquellos que mueven los hilos de nuestras sociedades.

Costa Gavras habló con nosotras para 7k en Donostia. Sus palabras, cercanas, corroboran su talento como realizador. Tierno, amable y gran conversador, mereció la pena charlar con él y descubrir que su entusiasmo, a sus 79 años, no decae; desea hacer un musical.

Este es un momento muy propicio para contar una historia de este tipo.

El germen de esta idea comenzó mucho antes de que todo lo que estamos viviendo aconteciera, hace cinco o

seis años. Se trataba de una historia sobre el dinero en nuestra sociedad. De cómo cambia a la gente, cómo cambia la ética de una sociedad, de cómo el capitalismo tradicional, salvaje, acaba con todo... Así empecé a trabajar en la idea, a leer libros sobre el tema... Hay un libro pequeño, "El capitalismo total" de Jean Peyrelevade, un banquero francés que dirigió el Crédit Lyonnais, alguien que no es ningún tipo de izquierdas, sino un auténtico hombre de banca. Él habla de cómo nada es manejado por las democracias, sino que somos gobernados por los bancos. Ahí encontré la historia de "El capital" y un personaje muy interesante. En el libro, al final, era un monstruo total y yo no quería seguir esa dirección. Especialmente porque durante la concepción de este filme encontré gente de banca muy educada e inteligente con un discurso muy social, muy humano... (Sonríe)

Ha trabajado muchas veces impulsado por su amistad con Jorge Semprún. ¿Qué pensaría de la situación económica que vivimos, del enfoque de esta película?

Traté el tema con Jorge. Hablamos de otro proyecto con él al final de esta película. Pienso que Jorge Semprún seguía y hablaba de esta situación con mucho cuidado y con mucho interés. Me parece muy difícil de captar el sistema, porque es muy complicado. Siempre se puede hacer un análisis "marxiano", como decía Jorge, sobre la situación global. Es difícil. Ni siquiera la gente que está metida en el sistema tiene una imagen global de lo que está haciendo. Por ejemplo, los productos llamados tóxicos que venden; ni ellos saben lo que hay ahí dentro. Hay matemáticos que los preparan y se venden. La gente no sabe lo que compra. Después lo venden por muchísimo más de lo que cuesta inicialmente. Es el mismo proceso que sucedió con el tema inmobiliario norteamericano. En este caso, he limitado el personaje a un individuo y a una situación particular.

Tras ver esta película, me acordé de un cuento del portugués Fernando Pessoa que leí de niña: "El banquero anarquista".

Sí, Pessoa... Este que retratamos en la película es el banquero de Frank Capra, un banquero muy agresivo. Capra sufrió mucho cuando hizo esa película. Durante muchos años después, no quiso volver a hablar del dinero para hacer películas.

El personaje parece muy aislado de su entorno. Es individualista, como una especie de metáfora de lo que representan los agentes financieros, los mercados, todo tan impersonal...

Sí, pero esos personajes de banco no son todos gánsteres y mafiosos. Son gente muy inteligente, de una cultura enorme, que ha hecho escuelas de estudios. Saben bien



lo que hacen, tienen conciencia de lo que hacen. De algún modo, me centré en la psicología, porque sabía que ese mundo es complicadísimo de captar en todas sus vertientes. Les gusta el dinero, pero no basta; también está el poder. ¿Y qué es poder? Mañana me voy a Tokio, a primera hora. Es un sentimiento extraordinario que se vive cada día. Mañana despido a 7.000 personas, o mejor a 10.000. Este tipo de poder produce un placer enorme y hay gente que vive el poder sexual que llega automáticamente con el dinero. Somos conscientes de esto y, además, para conseguir ese poder hay que dar placer a los accionistas, algo que hemos incluido en este filme. Como los emires, compran lo que desean, hoteles, equipos de fútbol..., por su propio placer personal.

Normalmente, el cine de crítica social está vestido de solemnidad y de un tono muy serio. Con “El capital”, el público se rió mucho. Habla de cosas con las que la gente está muy sensibilizada y enfadada, y sin embargo, usted consigue hacerle reír.

Ha sido una sorpresa. El público, afortunadamente, no es controlable, la reacción depende de lo que esté viendo. Su visión es imposible de prevenir o controlar. Hay momentos clave en el filme, como el debatirse entre ser un banquero normal o el Robin Hood de los ricos. No buscábamos crear momentos o frases humorísticas. Por ejemplo, esa frase, la de «soy el Robin Hood de los ricos», era una forma de sintetizar. Ricos más ricos cada día, pobres más pobres cada día. Cuando la gente aplaudía en medio de la película, era una sorpresa enorme para mí.

Quizá tenga que ver con que, ahora mismo, existe una animadversión declarada hacia los banqueros. La idea generalizada es que nos han robado...

Probablemente. En Francia, también, pero no como aquí. (Sonríe).

Ante la mirada del público se ha convertido en una tragicomedia. Cada película busca su forma, su identidad visual. ¿Está contento con la «apariencia» que ha tomado el suyo?

Cada película tiene su estilo. Todos hacen el estilo: el director, los actores, los productores y, además, la filmación. Pero claro que esta historia es una tragicomedia, aunque repito que no buscaba que la gente se riera con ella. Buscaba ironía o incluso sarcasmo. Era esencial para contar esta historia y el actor lo entendió perfectamente. Y si hay algo que proporciona esperanza, eso es la ironía; nos libera. (Ríe).

Usted introduce en una estructura/forma relativamente clásica elementos desconcertantes. Como cuando el personaje se «desdobra».

Yo pienso que, cuando hacemos una película, siempre estamos preparando espectáculo. Quiero decir que hay sentimientos, hay una historia, y hay que desarrollar al personaje, a sus emociones, y en este caso encontré este modo de hacerlo.

En un momento de su carrera en el que le proponían hacer cine político, ¿es cierto que usted les dijo que lo que quería hacer era un musical?

Sí (ríe), es verdad, pero no quiero hacer un musical al uso. Me pidieron hace años que hiciera “Chicago”, pero no encontré nada interesante en hacerla. Funciona muy bien en Broadway, así que no entiendo por qué debería de cambiar yo la película.

En su momento, a usted le denegaron un permiso para ir a Estados Unidos a realizar sus estudios. Cómo cambian los tiempos...

Sí, tuve problemas para ir. No me lo permitieron porque mi padre había combatido contra los nazis con la Resistencia junto a los comunistas. Y los hijos de los republicanos no podían ir a la escuela, ni a la universidad, ni a Estados Unidos. Afortunadamente, por otra parte, porque no sé qué hubiese sido de mí en Estados Unidos... París fue para mí el paraíso, había gente extraordinaria y tuve la posibilidad de estudiar cinematografía en La Sorbona. Y, por supuesto, de encontrarme allí con gente como Yves Montand, Crish Marker, Jorge Semprún..., toda esa gente que me ha ayudado a formar mi personalidad en Francia. No hubiese podido hacer las mismas películas en Estados Unidos, y en Grecia tampoco.

¿Esa negativa cambió su trayectoria?

Sí (ríe encantado).

En la película, usted habla sobre cómo el dinero puede envilecer a las personas, cómo afecta a la ética en estos momentos de dificultades para la gente. En qué sentido puede afectar esto a la ética en nuestras sociedades, ¿carencias por un lado y un resurgir de los movimientos sociales?

En primer lugar, la falta de dinero me parece una humillación. Hay gente que gasta lo que quiere y hay otra que no tiene nada, o muy poco. Es algo que afecta a toda la sociedad, a todas las facetas: a la cultura, a la educación... Paraliza. No damos dinero para cultura, pero sí para zonas en guerra. La posesión de dinero da a la gente una especie de poder para hacer lo que le plazca. Es por ello que debiera de ponerse un límite a la cantidad de dinero que tienen algunos. ¿Qué se puede hacer con millones, con tanto dinero? Además, esos ricos son viejos (ríe). En Francia hay uno, Almond, que se ha ido del país para no pagar impuestos. La naturaleza humana es muy frágil.

